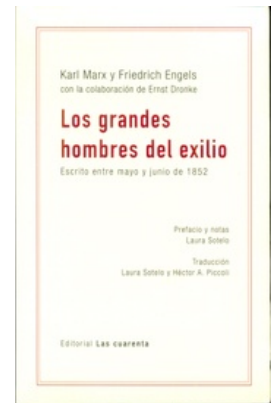


Sobre *Los grandes hombres del exilio*, de Karl Marx y Friedrich Engels

Francisco García Chicote
CONICET – UNGS
fgchicote@gmail.com

Reseña de Marx, Karl y Engels, Friedrich (con la colaboración de Dronke, Ernst), *Los grandes hombres del exilio*. Trad. de Laura Sotelo y Héctor A. Piccoli; prefacio y notas de Laura Sotelo. Buenos Aires: Las cuarenta, 2015; 230 pp.; ISBN 978-987-1501-72-4.



Los rasgos definitorios de todo género literario –sean tomados en su aspecto formal o de contenido– confluyen en una configuración relativamente estable del vínculo del ser humano con sus pares y el mundo, que expresa cada instancia histórica del ser social en virtud de su característica relación sujeto-objeto. No es casual entonces que la sátira haya experimentado un formidable desarrollo en paralelo con el despliegue del sujeto burgués: lo satírico constituye, en el surgimiento del hombre moderno, un modo general de representación que toma por objeto, de acuerdo con Friedrich Schiller, “el alejamiento de la naturaleza y el contraste de la realidad con el ideal” (1954: 53). De este modo, la sátira se aleja paulatinamente de sus antiguos confinamientos al verso y al escarnio moral para hacerse cargo, sobre la base que la fuerza motriz de la *indignatio* y la agresividad, y la alianza con la ironía, el humor y la burla siempre le proporcionaron, de la tarea por antonomasia del arte: convertirse en ámbito de la conciencia de sí de la humanidad, en un período en que esta se haya signada por las alienaciones. Así la sátira se ocupa, en las palabras de György Lukács, de las “contradicciones inmediatas entre la apariencia y el ser” que perpetúan las

relaciones de opresión en el capitalismo y que sumen a las personas en un estado de duermevela (1990: 307). Su impulso crítico, su actualidad, reside precisamente en haberse desembarazado de toda carga moral en su representación, pues la conciencia moral, como descubrió Hegel, no sale a encontrarse con el objeto para conocerlo e intervenir en él, sino que se admite como dada y establece a la realidad de modo tal que esta no se halla nunca en armonía con ella. Su acción no es otra cosa que la prosecución de realización de su fin interior; ahora bien, este accionar nunca ha de reparar con seriedad en la inadecuación entre el fin y la realidad, sirve empero únicamente al ansia de su propia satisfacción de sí (Hegel, 1966: 358ss.). Desprovista de toda moralidad, la sátira vuelve su ímpetu destructor al objeto *desde el objeto* y se torna así en una auténtica herramienta de crítica materialista; de ahí que su forma frecuente sea paródica. ¿No desnuda acaso la parodia, mediante un desplazamiento de perspectiva, mediante un reacomodamiento extraño de los componentes, la violencia que precisamente el género parodiado ejercía con su focalización autoritaria sobre el material? ¿Y no nace acaso la gran novela burguesa con una representación satírica de las relaciones humanas que abreva de una parodia a un género que, para el nuevo estado de las cosas, se había vuelto mendaz y distorsivo?

Puesto que la sátira paródica redime los materiales de la forma arbitraria y distorsiva bajo la que se hallaban atrapados por medio de un corrimiento agresivo-burlón de la focalización, su producto es refractario a la manipulación: su estatuto general es precisamente un rechazo de toda violencia subjetiva deformante. A esta conclusión llegaron Friedrich Engels y Karl Marx en las discusiones que antecedieron, en mayo de 1852, a la escritura de *Los grandes hombres del exilio*, una breve obra que se mantuvo inédita hasta 1930, cuando llegó a las manos de David Riazánov en el Instituto Marx-Engels de Moscú y que hoy se presenta por primera vez al lector del castellano en una edición cuidada por Laura Sotelo, profesora de la Universidad Nacional de Rosario. Para los dos comunistas alemanes se trataba de emprender una serie de “cuadros de caracteres” (*Charakterbilder*), de “bosquejos” (*Skizzen*) que retratará a los líderes de la emigración alemana en Londres, una sarta de charlatanes egocéntricos más

interesados en la fama y el rédito políticos de las camarillas que en la lucha efectiva de los trabajadores alemanes por su liberación: Gottfried Kinkel, Gustav Struve y Arnold Ruge, entre otros.¹El género que los dos amigos tienen en mente es parte de la “literatura panorámica”, cuya popularidad en la Francia de 1840 Walter Benjamin investigó para sus estudios sobre Baudelaire. En tanto forma “pequeñoburguesa en sus raíces”, estas fisiologías ofrecían bosquejos inocentes y apacibles que alejaban del lector lo siniestro de la coexistencia de las diferentes clases en el espacio urbano y que, por ello mismo, Benjamin conecta con los inicios del género policial (Benjamin, 1980: 49ss.).

En el caso del proyecto de Marx y Engels, debía tratarse de una crítica que no sirviera a la propaganda de la reacción y por ello terminara reafirmando la gloria de estos impostores. Los procedimientos compositivos de *Los grandes hombres del exilio* tienden a la saturación del principio biográfico burgués, que no es otra cosa que la explicación genética, individual-irracional, de un “carácter” o una “personalidad”, un sujeto particular homogéneo, consciente de sí, cuyo accionar político es a la vez ética y estéticamente ejemplar. El recurso narrativo predominante en los primeros cuatro capítulos, destinados a la presentación de Gottfried Kinkel, combina el montaje con la intensificación de tono: el enunciador se limita simplemente a yuxtaponer en una secuencia arbitraria pasajes de la autobiografía de Kinkel, a la vez que sus comentarios pretenden operar como reformulaciones resuntivas que recargan la modulación mítico-solemne del propio Kinkel. El resultado devela por absurdos los desvaríos egocéntricos y mezquinos del “líder revolucionario” –que descansan en la siempre productiva alianza del ideal romántico con la estrechez moral del pequeño-burgués– y los autores sentencian, con la autoridad que el autodeclarado hegelianismo de Kinkel les confiere, que “ya el viejo Hegel observó con razón que la conciencia noble siempre se trueca en la infame” (Marx y Engels, 2015: 69). De manera inesperada y sin razón aparente abandona la narración a Kinkel y se dedica a las figuras igualmente infames

¹ Para las discusiones acerca del género y el valor paródico-satírico del proyecto de *Los grandes hombres*, cf. las cartas que comprenden el período entre el 30 de abril y el 4 de mayo de 1852, en MEW 28, 62ss.

de Ruge, Struve, y otros. Aquí, el *Leitmotiv* es el mismo: se trata de exagerar la conciencia moral, la ética con acuerdo a principios rígidos, la preocupación en última instancia por la autoconservación de la figura pública de estos exilados de modo que se develen no solo sus rasgos mezquinos y pequeño-burgueses, sino también su ineffectividad en el curso de la lucha que se vanaglorian de liderar. En este sentido, Marx y Engels parecen encontrar uno de los principios que sustentan la existencia fantasmagórica de la personalidad burguesa en el segundo tramo del siglo XIX: la persistente aparición en la escena pública es lo único que afirma el carácter. Este es el caso de Ruge, a quien los dos comunistas le diagnostican una “diarrea estilística” porque no puede retener en el cerebro siquiera una idea antes de verse obligado a llevarla al papel en vistas de su fama como escritor. Ruge no posee para Marx y Engels otro crédito que el de arreglárselas para estar siempre ahí; su yo “se acredita como carácter a través de su repetida aparición ante el público” (2015: 122 y 127).

No es casual que *Los grandes hombres* resulta a tal punto amorfo, irregular e inacabado, que maree, inhibe... le da zancadillas a su lector. Se trata ante todo de conjurar el macabro vínculo, ya denunciado por Marx y Engels en *La sagrada familia*—su otro título, *Crítica de la crítica crítica*, señala asimismo el recurso de la saturación como procedimiento determinante—entre el carácter y la masa: entre un principio presuntamente intenso, activo, acabado y consciente y otro pasivo, dócil, amorfo. “Satura”, posiblemente el antepasado etimológico de “sátira”, es la voz latina para una comida con ingredientes diversos, y de hecho, el plato logrado por Marx y Engels es difícil de tragar.

Lejos de evanecerse con el curso de la historia, la efectividad fantasmagórica del carácter burgués —y su repercusión ideológica en los géneros literarios que intentan plasmarlo— se recrudesció con el desarrollo del capitalismo. *Los grandes hombres del exilio* contiene así un impulso crítico que fue actualizado por sus dignos herederos durante la consolidación del fascismo europeo. El lector interesado podrá ver en qué medida esta breve obra de 1852 contiene de modo embrionario factores que luego se desplegarán en los análisis de Benjamin acerca del surrealismo, en la teoría de Siegfried Kracauer sobre el carácter redentor del reflejo

cinematográfico, en las reflexiones sobre la comicidad de Ernst Bloch y en las investigaciones sobre el vínculo entre genialidad y biografía de György Lukács.

Bibliografía

BENJAMIN, W. 1980. “El País del Segundo Imperio en Baudelaire”. En –, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*. Madrid: Taurus. Trad.: J. Aguirre.

HEGEL, G. W. F. 1966. *Fenomenología del espíritu*. México: FCE. Trad.: W. Roces.

LUKÁCS, G. 1990 [1932]. “Zur Frage der Satire”. En Klein, Alfred (comp.), *Georg Lukács in Berlin*. Weimar y Berlín: Aufbau, pp. 299-326.

MEW - MARX, K. y ENGELS, F. 1956-1990. *Marx Engels Werke*. 44 tomos. Berlín: Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der SED/ Dietz Verlag/ Rosa Luxemburg-Stiftung.

SCHILLER, F. 1954. *Poesía ingenua y poesía sentimental. De la gracia y la dignidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Hachette. Trad.: J. Probst y R. Lida.